

Maria Kawésqár¹

Pseudónimo: Norte Grande

Soy la primera mujer después de una larga lista de varones. Soy la realización de mi abuela, la máxima, absoluta y más querida realización de mi abuela. Me llamo Maria Kawésqar y le voy a contar mi historia. No espero que me la crea, ya sabe, cuando se tienen tantos años auestas, una inventa. Lo más probable es que lo de Maria también me lo haya inventado, porque nunca conocí mi nombre originario. Nací al sur en un país helado, con lluvias, montañas, canales y bosques fríos. En mi cabeza llevo las historias de mis abuelos, mis madres, tíos, hermanas e hijos y esa es la historia que le quiero contar. Es breve, no desespere, tomará sólo un pestañear.

Fuimos miles, la gente de mi reino, fuertes, amos y dueños de las tierras allá donde el mundo se acaba. Le hablábamos a las montañas y éstas se alzaban con tal de frenar las lluvias que venían del otro lado, así conseguíamos inviernos más dóciles. El océano bajaba su oleaje a nuestro comando para dejarnos ver los peces saltarines y plateados, listos para ser recogidos. Los niños corrían descalzos y desnudos, recolectando frutos del mar, en una alegría y un abrazo tan natural que nunca imaginamos se pudiese vivir de otra manera.

Así fue mi pueblo hasta que llegó el invasor, primero con cascos de bronce, bigotes, pechos de armadura. Más tarde en barcos, ballenas metálicas que atrapaban vidas acuáticas sin seguir ritmo o luna. Dimos pelea y lucha, duramos años resistiendo el avance de estos seres flacos, pálidos, que nos atacaban con pólvora, perros rabiosos, redes y arpones. De a poco se nos acabó la energía y nuestros jóvenes fueron muriendo. En vez de liquidarnos, el

¹ Los Kawésqar son un pueblo originario que habita el sur de Chile. Esta historia es una interpretación libre de los hechos que han debido enfrentar.

invasor cometió lo más horrendo: nos cogieron por la fuerza y nos lanzaron al buche de su ballena metálica, para navegar por centurias a tierras lejanas, a reinos con lenguas extrañas, donde vestían pesadas ropas y las pieles de lobo de mar no eran suficientes. Tierras de almas tan vacías que requerían tanto, tanto para sobrevivir. Allí escuché el rugir del tren y lamenté la altura de los edificios de ladrillos y piedra que las almas desgraciadas habían construido. ¡Qué lástima sentí por ellos! ¡Cuánto necesita el hombre pálido para ser feliz! Muy pronto nos llevaron a exhibiciones, nos mostraron como animales de intercambio, rostros sin vida nos miraban desde el otro lado de la jaula, nosotros sujetos por las muñecas con pesadas cadenas. No nos comprendieron, no saben lo que han perdido...

No sé cuánto tiempo pasó hasta que pudimos volver. Un puñado sobrevivió el viaje de regreso y los que venían enfermos contagiaron a los pocos que se habían quedado. Entonces yo pasé a liderar. Reuní a las niñas y a las viejas y nos fuimos a las cuevas recónditas, aquellas sólo conocidas por nosotras. Las cosas parecían ir bien en ese nuevo reino fundado, pero la enfermedad del pálido nos alcanzó allí también y empezaron a morir. Sería por la falta de la sangre común, de nuestros padres, esposos, hijos, la falta se hizo herida y mis mujeres se desangraron, marchitándose a la vista y la indiferencia de un sol tímido de invierno. Así me convertí en lo que ahora soy, sin olfato, sin vista ya, pero la última y la guardadora de nuestras historias. Maria Kawésqar. Lo único que nos quedó de ese reino extenso fue el recuerdo de los valles gélidos que comandábamos con nuestra voz.

Desde que lo mío desapareció, voy de pueblo en pueblo compartiendo lo que he visto y oído, las peleas que he dado, las cicatrices que llevo en las pantorrillas, por latigazos y por batallas. Sobreviví y pienso que sobrevivimos todos, en tanto continúe yo rodando por el mundo, sentándome a conversar con usted, con tal de que usted escuche las historias

de mi pueblo, de aquellos valientes y aguerridos que murieron, de los que fueron llevados como fenómenos a tierras muertas y lograron retornar. Han pasado más de quinientos años, pero seguimos vivos. Ante esta memoria mía, el invasor se debilita y se vuelve una cucaracha que aplasto con un dedo. Nuestra resistencia es más dura, más recia y más decidida. Y mi memoria también.